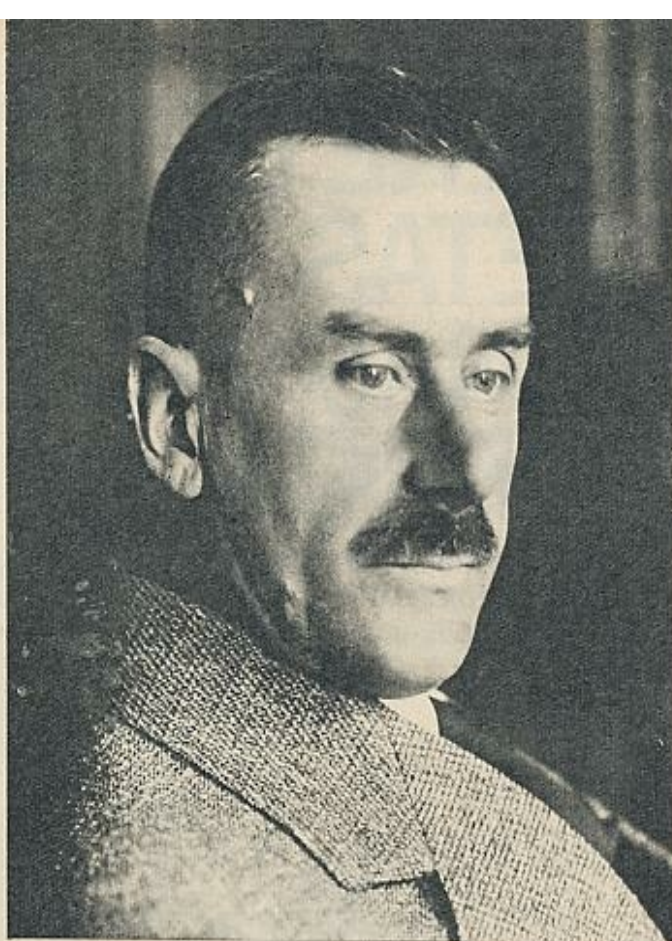


EN los comienzos de su carrera, Thomas Mann hacía gala de un aristocrático desprecio por la sociedad y podía decir de Gustav d'Aschenbach, el héroe de «Muerte en Venecia»: «¡Qué juego, qué desafío, qué gran gozo el de tomarse a sí mismo como materia artística!». Y, sobre todo, procurar que la sociedad no espere nada del artista, ocupado como está únicamente en cultivar su diferencia. El artista que se comprometiese con la sociedad, el artista que no permaneciese «ajeno a la política», vería marchitarse a la larga su hermoso talento, perderse su originalidad. Thomas Mann, el cronista e intérprete de la decadencia, el enamorado de la verdad patológica y de la muerte, el esteta atraído por el abismo, pensaba que la soledad era la condición *sine qua non* de toda obra nueva y original.

Esto era antes de 1914, y como él mismo escribiría más tarde, «la cultura burguesa aún podía reírse». Bismarck reinaba sobre aquella floreciente empresa comercial, iluminada por luces imperiales y románticas, que se llamaba el Imperio alemán, y que era objeto del más profundo desdén de los artistas que, imitando a Nietzsche, se creían autónomos y situados por encima de las clases. Sólo que la Historia se encargaría de cambiar las cosas; la «belle époque» estaba destinada a desaparecer, y entonces iba a producirse una transformación singular y radical: si hasta la primera guerra mundial el artista se había complacido en escandalizar a la sociedad, a partir de esa conflagración fue la sociedad la que comenzó a escandalizar al artista. Este cambio afectaría, entre otros, a Thomas Mann, quien, de esteta apolítico, iba a convertirse en moralista comprometido en la lucha democrática, según atestiguan distintos ensayos suyos reunidos bajo el título de «El artista y la sociedad».

En primer lugar, la derrota le hizo comprender que su apoliticismo, lejos de ser tal, manifestaba en realidad una apasionada solidaridad con la Alemania imperial. En los textos de «El artista y la sociedad», Mann se remite a las «Consideraciones de un apolítico», que no reniega, sino que explica como «una última tentativa idealista y reaccionaria de defender el espíritu y el arte contra la política».

Pero Thomas Mann se da cuenta de que bajo el pretexto de mantener la autonomía del espíritu frente a la política no había hecho más que fomentar la ideología bélica de Alemania. Oponer a las nociones de civilización, de democracia, de política, que constituían el núcleo del pensamiento de los aliados occidentales, la idea alemana de una cultura aristocrática, apolítica y antidemocrática, se le revela de pronto como una «defensa donquijotesca de la burguesía romántica, del nacionalismo, de la guerra alemana», en la que una especie de nietzscheísmo caricaturesco lo justificaba todo: violación de la neutralidad de Bélgica, ejecución de Edith Cavell, torpedeamiento del «Lusitania», sucesos todos que sólo una mentalidad latina, es decir, mezquina y jurídica, podía condenar, y en los que se realizaba la trágica grandeza alemana.



Con motivo de la publicación en Francia de «El artista y la sociedad» y «Cartas de Thomas Mann» (1948-1955), Jean-François Peyret traza en esta página el itinerario político e intelectual del gran escritor alemán.

EL ITINERARIO DE THOMAS MANN

Una vez comprendido todo esto, no hay apoliticismo posible: la Alemania romántica ha muerto. Mil novecientos dieciocho marca el comienzo de una nueva época, que exige un compromiso distinto por parte del escritor. Menos de cuatro años después de las «Consideraciones...», a raíz del asesinato de Rathenau, Mann proclama, en su famoso discurso «De la República alemana», su conversión a la democracia, y emprende en solitario la lucha por la democratización de Alemania. Tal es el sentido de su viaje a París de 1926 (relatado en «Balanza parisina»), durante el cual Mann trató de convencer a sus interlocutores franceses de que era posible ganar a Alemania para la idea democrática, pero que el éxito de esta empresa exigía la previa reconciliación europea. Ni que decir tiene que esta audaz gestión de Mann, en una época en que los intelectuales alemanes no querían saber nada de Francia, fue conside-

rada por muchos como una vergonzosa claudicación.

Aunque admitiendo que «el nombre moderno de la Humanidad es la democracia», Mann no reniega de la tradición alemana, de lo que él llama «el burguesismo». Aterrado «hasta la médula» por el incremento de la ola de oscurantismo, por ese nacionalismo que se oponía al sentimiento de lo humano, considerándolo como un simple residuo destinado a desaparecer abrumado por el irracionalismo y la charlatanería alemana disfrazada de profundidad. Mann sitúa su compromiso en la línea del pensamiento de Goethe, representante por excelencia de la época burguesa, para el que «sólo la civilización y la barbarie constituyen problemas importantes».

A través de los ensayos y conferencias del final de la República de Weimar y del período hitleriano, Mann se convierte en guardián de la ideología liberal burguesa

contra la realidad burguesa alemana de la época. En una conferencia pronunciada en los Estados Unidos en 1939, «El problema de la libertad», se define claramente la función ideológica del escritor burgués; cruelmente expuesto a las contradicciones que desgarran a la sociedad, ese intelectual debe producir un discurso que las resuelva imaginariamente o que las enmascare.

Empeñado en salvar la ideología burguesa, Mann se enfrenta a una doble tarea. Ha de demostrar, por un lado, que la burguesía, que es la civilización, no tiene ninguna responsabilidad en la barbarie nazi, que el nazismo no es el recurso extremo de la burguesía para defenderse, que no es su último baluarte, sino, por el contrario, una trampa en la que ha caído. Condenando al nazismo como bolchevismo de derechas y como «socialismo de los imbéciles», Mann absuelve al mismo tiempo a la burguesía. Por otro lado, ha de mostrar que existe una solución burguesa a las contradicciones de la época, que es posible conciliar la democracia burguesa y el socialismo; en otras palabras, la idea de una cultura conservadora y la de una sociedad revolucionaria. Eso se llama un humanismo social o un socialismo cristiano, supuesto que el fundamento de la civilización occidental es el cristianismo. Para Mann, Alemania se salvará «cuando Marx haya leído a Hölderlin».

Derrotados los fascismos, ganada la paz, Mann tenía razones para abrigar la esperanza. Había llegado a la cumbre de su reputación internacional, se había convertido en ciudadano de la América rooseveltiana; podía respirar tranquilo. Pero, como muestra el último tomo de su correspondencia, que comprende los años 1948-55, fecha de la muerte del escritor, he ahí que surgen nuevas contradicciones en el seno de la sociedad americana, esa sociedad que Mann había elegido porque en ella reinaba la democracia que él tanto ansiaba. Comienza el período de la guerra fría; la América rooseveltiana está muerta y enterrada, y los Estados Unidos sucumben a esa enfermedad llamada maccarthysmo. De nuevo amenaza la barbarie a la civilización: es éste un duro golpe para el optimismo democrático del viejo escritor.

Y el colmo de la traición es que la democracia no duda, en su lucha contra el comunismo, en tomar por compañero de armas al fascismo. Mann denuncia al anticomunismo como un peligro más grave para América que el propio comunismo. Las cartas de Thomas Mann dan testimonio del desgarramiento que sufre la sociedad americana y de la «inquietante tendencia (que muestra) a sacrificar la democracia cuando cree estarla defendiendo». Sospechoso de complicidad con el comunismo, asqueado de «arrojar a las fauces de la guerra fría millares de dólares de impuestos», Mann se distancia de América y va a instalarse en Suiza, donde sueña con un futuro democrático para Europa, aunque sin dejar de repetir la frase de Próspero: «Y mi final es la desesperación». ■ JEAN-FRANÇOIS PEYRET.